

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXIX

- Junio de 1952

- Núm 324

Puntos de vista

Ubicación del escritor en la realidad

*U*N ritmo de decisiones y apetencias remueve más cada día el codicioso destino del hombre. Es la instintiva ley de la evolución. Tanto el profesional como el asalariado, el comerciante como el labriego, y aun el pordiosero, tienen hoy por hoy ordenadamente trazado un rumbo económico-social: es cuestión de alcanzar la meta. Para ello, perfeccionan y organizan, cada cual en su sentido, sus conocimientos y sus fuerzas; y se agrupan en sociedades, en cámaras o consorcios; y se sindicán en gremios; y hasta el mendigo tiene su técnica y su escondida organización. Sólo el escritor, hoy como ayer, y como hace cientos de años, vive al margen de la realidad y asienta su porvenir en las nubes. Vive y le dejan vivir en las nubes. Pero, dentro de su olvidada condición, él también es una cifra; y, como las nubes, está cargado de un contenido vivificante que deja caer sobre las tierras aridizadas por el material afán.

¿Cuál es la significación del escritor, al menos en nuestro país? De entre diez de ellos, uno sólo habrá que

tenga una situación económica de acuerdo a su cualidad de tal; y eso, no por arte y beneficio de su arte, sino por factores ajenos o que Dios provee a veces para que se pueda concordar el pensamiento de Salomón, que dice que "La ciencia es buena con una herencia"; y los nueve restantes, para poder subsistir, han de desempeñar—si los logran—puestos que nada tienen que ver con sus condiciones de sensibilidad e imaginación, y muy poco con la de su especial cultura, que él ha de amasar cada día como un pan nuestro espiritual. Un pan del cual convida generosamente al prójimo, así su propio estómago pueda estar ayuno.

En esta paradójica era en que las progresivas necesidades de la sociedad van imponiendo más cada vez la subdivisión del trabajo, bien se podría, al revés de lo que decreta la desagradecida ley de la colmena, no matar, o dejar morir de hambre (que es lo mismo), al zángano fecundo del sentimiento, que tal suelen decir que es el escritor, y proporcionarle, al contrario, un trabajo decoroso y de acuerdo a sus condiciones. Condiciones que, si alguien en su ignorancia o en su indiferencia pudiera afirmar que son de remota o de incierta utilidad, nadie que tenga un poco de espíritu de penetración puede justicieramente negar.

No pretendemos que se le den al escritor prebendas ni canonjías, sino simplemente misiones que en la actualidad consideramos indispensables para las relaciones de entre los países—bastante atrasadas en el nuestro—en orden a una mayor difusión cultural de los valores de Chile y de las cosas que a Chile se refieran, lo que aquél me-

jor que nadie podría cumplir. Misiones que no son nuevas, puesto que algunas ya existen agregadas a tal o cual consulado o legación; pero que podrían ser definitivamente organizadas y adscritas a todo cuerpo diplomático.

Ni siquiera sería en definitiva un problema económico el mantenimiento de estos cargos de tan puro sentido humano, así aumentarían al principio en un mínimo los gastos del presupuesto. Sobre todo, cuando se destinan tan grandes sumas en mantener pactos internacionales de mera índole política o de mera necesidad militar, en estos tiempos en que el sentido de conservación habrá al fin de hacer prevalecer en el orbe, la paz y la concordia. Laboriosos hombres de letras debidamente seleccionados—como deberían serlo todos los funcionarios públicos—con el claro concepto del deber, amén de su capacidad intelectual y el natural gusto de realizar las dobles tareas de difusión asignadas a su puesto, propenderían a una mayor estimación de nuestro país—del que actualmente apenas se estiman, fuera de él, media docena de nombres y quizá otra media docena de sus productos y de sus cosas más características—tanto en sus valores y bienes intelectuales como en los simplemente materiales. Con el don de la sencilla palabra; con la innata imaginación y el amor fortalecido por el cabal conocimiento, a este Chile desconocido a veces por los propios chilenos, podría el escritor desarrollar en su tarea, no una vulgar propaganda de hotelero o de comerciante, sino una alta, indirecta y amena propaganda que vaya de los efectos sensibles hasta el fondo mismo de la causa. Una propaganda que no fuese propaganda, sino

como una consecuencia de la verdad. Así se alcanzaría, en la nación que se fuere, la convicción; y con ella, la consecuente plenitud de las relaciones culturales, que a su vez irían preparando el terreno para posibles negocios e intercambios, y para todo orden de cosas. Y, dentro de la nación propia, como un simpático efecto reflejo, su labor sería a la postre estimada y estimulante.

¡Y así, como el que hemos apuntado, tantos otros medios hay cómo darle al preterido escritor una ubicación útil y decorosa en las internas actividades culturales de la República!